

Ártico: geopolítica de una guerra imposible

Poco podía intuir el zar Alejandro II cuánto se iba a hablar y a escribir sobre las tierras árticas cuando hace siglo y medio, en 1867, vendió por 7,5 millones de dólares el millón y medio de kilómetros cuadrados de tierras vacías y estériles que conformaban Alaska, una vez que se había agotado la fauna a la que cazar. Y mucho menos podría haber previsto que, algún día, su pueblo anhelaría con ahínco los helados territorios a donde es conducido todo el que sigue hacia el norte la constelación de la Osa Mayor, el lugar que los griegos llamaban el “oso”, el Ártico.

Tierras inhóspitas que San Petersburgo vendía a precio de saldo con tal de impedir que pudieran servir a Inglaterra como base de partida para extender su influencia hacia los principales países asiáticos, convertidos en uno de los principales objetivos geopolíticos de Rusia.

Quitando ese valor estratégico, para poco más servían en aquella época las tierras árticas, o más bien los hielos árticos. Con temperaturas que no llegan a superar los 10 grados centígrados en los más calurosos días del verano, con una mínima población autóctona (poco más de medio millón de habitantes), con noches eternas la mitad del año, estos territorios se convertían en una carga que sólo servía como morada de condenados a las peores penas.

Los rusos comenzarán a dar cierto valor a esta olvidada zona del mundo cuando, durante las dos Guerras Mundiales, a través de ella reciben la ayuda aliada para hacer frente a Alemania.

Consideración de valía que se desarrollará plenamente con plenitud simultáneamente al surgimiento de la Guerra Fría, cuando, por su característica de punto de contacto entre las superpotencias y las alianzas enfrentadas, se transforma en hipotético escenario de confrontación y en casi ineludible vía de paso de los temidos misiles intercontinentales, los fantasmagóricos submarinos nucleares y los gigantescos aviones cargados con bombas atómicas. Obligando a ambos bandos a establecer bases militares e instalar complejos sistemas de vigilancia y alerta terrestre, aérea y marítima.

Mientras este valor geoestratégico sigue inalterado, e incluso potenciado, y aunque la dialéctica de la mutua disuasión militar entre los cuatro países árticos de la OTAN (Estados Unidos, Canadá, Noruega y Dinamarca) y la remozada y reforzada Rusia sigue estando como en los mejores días anteriores a 1991, ahora no son pocos los que quieren ver en el horizonte inmediato un

enfrentamiento a gran escala en la zona con ocasión del tan manido cambio climático y de su, al parecer, calentamiento global asociado.

Así, basta que el Secretario General de la OTAN mencione que en la nueva Estrategia de Seguridad de la Alianza, a aprobar en la próxima cumbre de Lisboa, se incluya una referencia a la cuestión ártica, o que el Almirante James Stavridis, Mando Supremo Aliado para Europa, diga en el Real Instituto Militar Conjunto de Londres que el Ártico “puede ser una zona de conflicto, espero que no, o una zona de competición, probablemente,”, para que se dé por hecho que la guerra por las congeladas tierras del extremo norte sea sólo cuestión de meses.

Sin embargo, un enfrentamiento armado directo e inmediato a gran escala en ese escenario helado tiene pocos visos de realidad, por mucho que el ambiente se llegara a caldear, física y diplomáticamente.

Cierto es que, de confirmarse las teorías más pesimistas sobre el caldeoamiento mundial, la capa de hielo que recubre las aguas y las tierras árticas -en realidad mantos de diferentes antigüedades y características- iría desapareciendo, modificando sustancialmente el actual escenario en, principalmente, los siguientes aspectos: posibilidad de navegación durante gran parte del año por las dos rutas marítimas existentes (especialmente por la del noreste, próxima a las costas rusas); facilidad de acceso a las que se suponen fabulosas reservas de petróleo, gas y minerales de todo tipo; acceso a casi ilimitadas fuentes de agua dulce; y la posibilidad de incrementar la pesca de peces y moluscos. Por no mencionar la potenciación del turismo –con sus también aspectos negativos de impacto en el virgen ambiente-.

Pero, de entrada, y por más que quiera subir la temperatura en la región, salvo una calamidad extraordinaria e imprevisible nunca descartable, este proceso no es fácil que sea lo suficientemente notorio antes de, al menos, medio siglo. De aquí a entonces, es más que previsible que hayan variado notablemente tanto los hábitos de consumo de energía como las fuentes de su generación. Con alta probabilidad, el mundo estará inmerso en una altísima dependencia de la electricidad, dejando los hidrocarburos de tener su significado actual.

En caso de ser Rusia la que pretendiera quedarse con una parte considerada por los demás contendientes como abusiva, el escenario que Moscú se teme es una legión de organizaciones ecologistas imponiéndole todo tipo de limitaciones a sus actuaciones, con argumentos más o menos avalados científicamente. Evidentemente, las normativas rusas medioambientales no son tan exigentes como las de otros países del entorno, que llegan a que en Alaska, por ejemplo, esté castigado con ocho años de cárcel el despertar a un

Tcol. Pedro Baños Bajo (DEM)

Departamento de Estrategia y Relaciones Internacionales

Escuela Superior de las Fuerzas Armadas

Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional

oso polar durante su hibernación. De no llegar a un acuerdo ampliamente consensuado sobre los derechos de explotación de los recursos, comenzarían a lanzarse unos países contra otros las armas de la preservación del medio ambiente, el desarrollo sostenible o la biodiversidad.

A ello se une un sinfín de problemas de más difícil resolución práctica de lo que la teoría indica. Empezando porque el paulatino deshielo haría carísimo de mantener, cuando no imposible de instalar, oleoductos y gaseoductos sobre un terreno que perdería consistencia casi constantemente.

Incluso ante un deshielo repentino y masivo, las dificultades técnicas seguirían siendo fabulosas. Aunque las temperaturas obviamente subirían, todavía seguirían siendo bajas, con los inconvenientes que ello implica. A lo que se añadirían las invariables largas noches invernales, cuando la oscuridad más absoluta se adueña de esas tierras, encareciendo y dificultando cualquier actividad, aún disponiendo de potentes medios de iluminación en barcos y puertos.

La teórica reducción de tiempo para navegar desde Europa del Norte hacia los mercados de China o Japón, queda bastante reducida cuando se tiene en cuenta la menor velocidad de navegación por estas aguas, sobre todo por la ruta del noroeste, dada la multitud de islas que hay que sortear. Lo mismo sucede con el ahorro económico, pues si bien no hay que abonar importe alguno por cruzar un canal como el de Suez, tampoco es menos cierto que los barcos deben estar especialmente acondicionados y protegidos, pues no dejarían de existir hielos a la deriva, altamente dañinos para los barcos menos preparados. Además, las tripulaciones también tiene que estar bien equipadas y entrenadas, amén de mejor pagadas.

Por otro lado, este período de transición climática no se espera que fuera uniforme, sino que seguramente llevaría asociada fases de minicongelación, haciendo imposible la planificación de la navegación y la concreción de los seguros, ya de por sí elevados en esas aguas. No debe olvidarse que, a pesar de la supuesta tendencia a la desaparición de los hielos norteros, este invierno pasado, de modo inopinado, se heló completamente por unos días el Mar del Norte, dejando atrapados a cientos de barcos. Ni que el hielo varía todos los años su disposición y forma, haciendo imposible disponer de mapas consolidados.

Si bien es cierto que a China, Japón y Corea del Sur les podría servir para abandonar su dependencia del fácilmente bloqueable estrecho de Malaca, del que prácticamente dependen para su subsistencia, no es menos verdad que

pasarían a tener un nuevo cuello de botella en el estrecho de Bering, quedando prácticamente en la misma situación de vulnerabilidad estratégica.

Tampoco hay que olvidar la necesidad de disponer de modernos y potentes rompehielos, para evitar que cualquier contratiempo atmosférico ponga en peligro la navegación. Por el momento, el liderazgo en este tipo de buques lo tiene Rusia, disponiendo de una veintena de ellos, incluyendo algunos de propulsión nuclear con hasta 75.000 caballos de potencia, como el *Arktika*. Por su parte, Canadá está intentando llegar a esa cifra, contando por el momento con doce. Mientras, EEUU tan sólo dispone de uno. Para garantizar una navegación efectiva, segura y rentable, hacen falta muchos más rompehielos gigantes, pero el problema es que lleva casi diez años construir uno, con un coste mínimo de casi mil millones de euros. Por no mencionar su carísimo mantenimiento en estado operativo.

Por si fuera poco, el aumento de la facilidad para moverse por la zona tendría un efecto llamada para una amplia panoplia de delincuentes, incluyendo piratas, que se aprovecharían de la baja velocidad de navegación de los grandes buques, prudentes ante el riesgo de toparse con un iceberg, y de la pléyade de islas e islotes existentes.

Hay que añadir que solventar cualquier accidente medioambiental, incluyendo la limpieza de la contaminación de las aguas producida por el mero incremento de la navegación, se complicaría en este escenario frío y oscuro buena parte del año.

Por no mencionar el juego de los precios. No debería olvidarse que cuando, en el verano de 2008, Rusia y Venezuela comenzaban a creer que podrían imponer sus reglas de juego en el teatro mundial merced a un precio del barril de crudo cercano a los 150 dólares, de golpe su valor cayó a una tercera parte, coincidiendo con la aventura rusa en Georgia, cuando todos los analistas coincidían en que para finales de ese año se superarían los 200 dólares/barril. Similar situación podría acontecer de no repartirse adecuadamente las explotaciones árticas, lo que imposibilitaría hacer rentable cualquier explotación con alto requerimiento tecnológico en esa parte del mundo.

La pesca tampoco sería sencilla ni fácil de coordinar. La variación de las temperaturas implicaría un rápido desplazamiento de las especies y la probable aparición de otras nuevas, dificultando tanto su captura por barcos especializados como los acuerdos entre países o el establecimiento de cuotas.

No es desdeñable citar que, ante la perspectiva de pingues beneficios, las comunidades indígenas no dejarían de reclamar su justa parte, no siéndoles

difícil encontrar apoyos en países que vieran truncadas sus expectativas, o que simplemente no participaran de la jugosa merienda. Como ejemplo, Canadá se teme que Moscú apoye, de manera más o menos solapada, las reivindicaciones de mayor autonomía y repartición de las riquezas naturales de los 50.000 inuits que viven en su territorio.

Demasiado riesgos e incertidumbres como para merecer la pena un enroque militar. Las soluciones sólo pueden pasar por el acuerdo mutuo y la cooperación entre todas las partes implicadas. Tampoco sería aceptable ninguna veleidad bélica por parte de países miembros del Consejo de Seguridad de la ONU, como es el caso de EEUU y Rusia.

Innecesario es decir que se deja fuera de cualquier posibilidad de enfrentamiento armado entre sí a los países miembros de la OTAN. Incluso el más potente de entre ellos tras EEUU, Canadá, no dispone ni prevé disponer de autonomía militar suficiente para permitirse frivolidad alguna en este sentido, teniendo apenas las fuerzas justas para garantizar la defensa mínima de su territorio.

En resumen, y dejando al margen el juego geopolítico-militar que seguirá existiendo en la zona -con la importancia capital que le otorga la ubicación del sistema antimisiles y de defensa submarina y aeroespacial- las posibilidades de un enfrentamiento armado son realmente mínimas. Teniendo en cuenta que los jugadores disponen de poderosos medios de destrucción, comenzando por el armamento nuclear, amén de numerosas bases militares en su inmediaciones (12 rusas, frente al triple entre norteamericanas y de la OTAN), ningún sentido tendría entrar en una dinámica autodestructora. Lo previsible es que los cinco países directamente implicados (Canadá, Dinamarca, EEUU, Noruega y Rusia) lleguen a un consenso de repartición del pastel, acordando dejar fuera del mismo a los moscardones que a él intentan arrimarse (como China y Japón, e incluso otros países europeos). Nadie dice que el debate vaya a ser fácil, ni que no queden muchos flecos por dirimir, pero la lógica parece indicar que todos los aspectos serán dirimidos de forma pacífica. Para qué malgastar fuerzas en un teatro todavía incierto en el que todas las partes tienen tantísimo para repartir, cuando hay muchos otros frentes abiertos, tantas otras amenazas a las que hacer frente y escenarios en los que proseguir con enfrentamientos indirectos con consecuencias, en el peor de los casos, infinitamente menos letales. Salvo que en mucho se empeñe el cambio climático, sigue haciendo demasiado frío en el Ártico para llegar a caldear los ánimos hasta llevarles a los países ribereños a una guerra devastadora y estéril.

Tcol. Pedro Baños Bajo (DEM)
Departamento de Estrategia y Relaciones Internacionales
Escuela Superior de las Fuerzas Armadas
Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional